

G. RICH ALBERTI, *La Iglesia somos nosotros en Cristo. Cuestiones de eclesiología sistemática*, Encuentro, Madrid 2016, 442 págs.

El autor, profesor de Eclesiología en la Universidad San Dámaso, recoge en la presente obra artículos escritos en circunstancias diversas. El autor observa, por ello, que el libro no tiene la pretensión de presentarse como un manual de eclesiología. No obstante, y ello constituye el interés y el mé-

rito de la obra, ofrece de modo consciente y justificado las coordenadas o categorías fundamentales de una eclesiología sistemática a la altura de las necesidades del momento presente: la concentración sacramental y antropológica que hace posible presentar la Iglesia como el acontecer de la Iglesia en los fieles cristianos; ello permite presentar la Iglesia como "nosotros" en cuanto sujeto (a la luz de LG 1), y por ello como acontecimiento salvífico en virtud de la presencia permanente del Resucitado que se ofrece a la libertad del hombre y que la acompaña en sus vicisitudes históricas. De este modo la Iglesia no puede ser considerada como mero recuerdo de un hecho que pertenece al pasado ni como simple organización mundana, sino como comunión que tiene sus raíces en la Trinidad, que une a los bautizados y que se sitúa en el mundo con una actitud radicalmente pastoral y misionera.

Estos elementos fundamentales aparecen magníficamente sintetizados en el título *La Iglesia somos nosotros en Cristo*. La expresión procede literalmente de entonces arzobispo de Cracovia K. Woytila. El autor reconoce explícitamente su deuda con Juan Pablo II, con Le Guillou y con Scola en cuanto inspiradores de sus opciones teológicas. De modo más general y radical se sitúa en el horizonte del Vaticano II, marco insuperable para la elaboración de una eclesiología actual. Pretende contribuir a una hermenéutica que haga posible la recepción real del concilio, situándose entre dos extremos que han polarizado las tensiones del periodo postconciliar: el progresismo radical que pretende ir más allá del Vaticano II y los nostálgicos de la teología preconciliar. Desde la fidelidad a la identidad eclesial intenta ser fiel asimismo al contexto contemporáneo afrontando las urgencias del momento: las controversias intraeclesiales que reclaman una teología serena y equilibrada, la secularización social y cultural que requiere un compromiso misionero.

La primera parte *Una eclesiología pastoral tras los pasos del Vaticano II* pretende fijar la hermenéutica y la recepción del último concilio Vaticano II (tema que el autor ha seguido con atención) a partir de la posición de Benedicto XVI que defiende la existencia del único sujeto Iglesia para conjugar continuidad y discontinuidad, cada una en su nivel respectivo); la renovación debe realizarse desde el encuentro con la faz del Resucitado, que es el fundamento del carácter pastoral y misionero de la Iglesia, pues la naturaleza de la Iglesia es excéntrica. Desde este presupuesto se puede desactivar la focalización de la controversia en torno al carácter de "acontecimiento" del concilio, dado que el término fue usado por Juan XXIII y por Juan Pablo II (y que, a otro nivel, tan importante papel juega en la eclesiología propuesta por el autor). La perspectiva pastoral y misionera (desde su naturaleza sacramental) es la clave de lectura de *Lumen Gentium*, que ofrece el horizonte general para la renovación de la Iglesia y de *Evangelii Gaudium*, que propone la salida misionera como paradigma para toda la actividad eclesial. A partir del designio salvífico trinitario se despliega como finalidad de la Iglesia la salvación de todos los hombres y por tanto el Pueblo de Dios como acontecer histórico, signo expresivo en la historia de la comunión de los hombres con Dios y de la comunión de los hombres entre sí.

La parte segunda estudia *La índole sacramental de la Iglesia* desde dos hechos de la recepción eclesial del Vaticano II, en los cuales se pone a prueba y se manifiesta la potencialidad y la necesidad de la categoría sacramental para evitar simplificaciones o malentendidos tan frecuentes en las décadas posteriores al concilio.

El Sínodo de los obispos de 1971, dedicado al ministerio sacerdotal y a la justicia, se desarrolló en un contexto profundo de crisis en las sociedades occidentales que repercutió también en el ámbito católico como crisis de la naturaleza de la Iglesia y del sacerdocio, con fuertes dosis de incertidumbre y con estados de ánimo de desorientación y de duda casi generalizados. En este punto retoma el juicio de Le Guillou, testigo privilegiado de aquel momento, acerca del peligro de una reducción gnóstica del cristianismo, como rechazo de cualquier tipo de mediación salvífica, y por tanto de la sacramentalidad de la Iglesia. Por ello resultaba imprescindible recuperar, y profundizar, este concepto para afirmar en todo su alcance la sucesión apostólica y el ministerio ordenado como garantía de la presencia y de la acción permanente de Jesucristo en su Iglesia y en el mundo. Aquí se encuentra no sólo la prueba de una recepción fiel al Vaticano II sino su hondo sentido pastoral, que en este caso era la exposición de contenidos esenciales de la doctrina de la Iglesia y la legitimación de la acción de los sacerdotes en favor del mundo; la perspectiva sacramental permite integrar armónicamente la eclesialidad del ministerio evitando que se sitúe al margen del conjunto de la Iglesia o de las expectativas y necesidades de los contemporáneos.

El Sínodo de los obispos de 2005 dedicado a la eucaristía permitió también profundizar en la índole sacramental del Pueblo de Dios, mostrando así la fecundidad de esa categoría teológica. Se centra en el n. 14 de la exhortación post-sinodal de Benedicto XVI *Sacramentum caritatis*, que pone de relieve el influjo causal de la eucaristía en los orígenes mismos de la Iglesia, dado que la eucaristía es Cristo mismo que se nos entrega; dada en consecuencia la precedencia cronológica y ontológica de la eucaristía se puede legitimar la afirmación (dentro de la asimetría correspondiente) que la eucaristía edifica la Iglesia y que la iglesia hace la eucaristía. De este modo el Papa prolonga lo dicho por A. Scola en su *Relatio* acerca del nexo entre el don enraizado en el sacrificio del Clavario y la causalidad eucarística de la Iglesia y recoge la solicitud de los Padres sinodales de una clarificación acerca del sentido exacto de la famosa formulación de De Lubac (desde esta lógica se abre el espacio para una confrontación crítica con la tesis de Rahner sobre la relación entre Iglesia y sacramentos).

El tercer capítulo de esta parte estudia la sacramentalidad de la iglesia y el testimonio cristiano bajo el estímulo de lo afirmado en LG 38: cada uno de los laicos debe ser ante el mundo testigo de la resurrección y de la vida del Señor Jesús y signo del Dios vivo. Ofrece otra perspectiva de la clave pastoral del Vaticano II, las múltiples implicaciones de la idea de sacramentalidad y una clara manifestación de la "concentración antropológica" que se despliega con mayor variedad y amplitud en la parte tercera.

La parte tercera *La iglesia sujeto de la fe* pretende probar de modo concreto el acontecer de la Iglesia en los fieles cristianos en base al diálogo entre la Trinidad y la libertad de cada hombre, que da origen a diversas vocaciones y carismas. En primer lugar se presenta la Iglesia como comunión de los fieles cristianos: la Iglesia es sujeto de la fe no sólo porque es el lugar en que se recibe y se confiesa el testimonio trinitario garantizado por la experiencia apostólica (por ello la Iglesia no es una realidad que venga después de la revelación sino que está incluida en el acontecimiento fundador de las misiones del Hijo y del Espíritu) sino también porque la Iglesia "acontece como misión" y porque "la misión coincide con el acontecer de la Iglesia en la historia" (p.249). El análisis de la realeza del Pueblo de Dios permite iluminar la identidad y la misión de la Iglesia en cuanto tal y describir la participación de los fieles laicos en la misión de la Iglesia.

En los capítulos siguientes va analizando diversas vocaciones o estados de vida en la Iglesia. Cada uno de ellos tiene su interés y se encuentra en íntima conexión con la lógica del planteamiento general. La relación entre episcopado y presbiterado queda aclarada desde la explicación de la "plenitud" del episcopado (no "dignidad" o "grado") a partir de la relación del obispo con su iglesia local y con la comunión de Iglesias (y de la "causalidad eucarística" de la Iglesia); así queda integrado el ministerio de los presbíteros como colaboradores del obispo. La espiritualidad sacerdotal, en el contexto de nuestro tiempo, debe ser vivida en el marco de una Iglesia misionera a la luz de la dialéctica "estar en el mundo sin ser del mundo". La vocación y misión del matrimonio cristiano, y de la familia cristiana, se levantan sobre un carisma de consagración que es intrínsecamente misionero. Asimismo la virginidad cristiana, la forma virginal de existencia cristiana, posee un carácter testimonial y misionero (por eso aporta una suprema utilidad para el mundo) porque muestra la verdad de lo humano, es signo patente del amor, es antídoto contra la "utilización" de las personas, hace visible la gratuidad y la lógica del don como fuerza purificadora de la razón y de las razones entre los seres humanos.